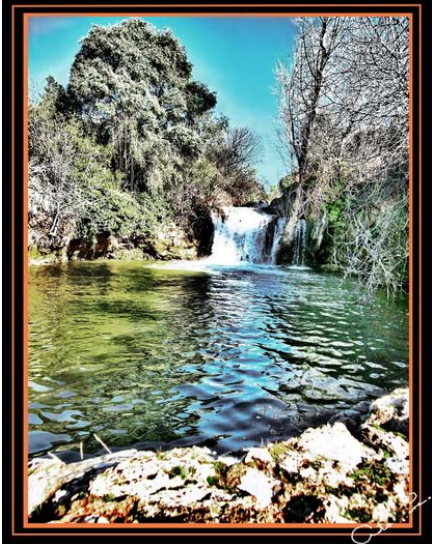
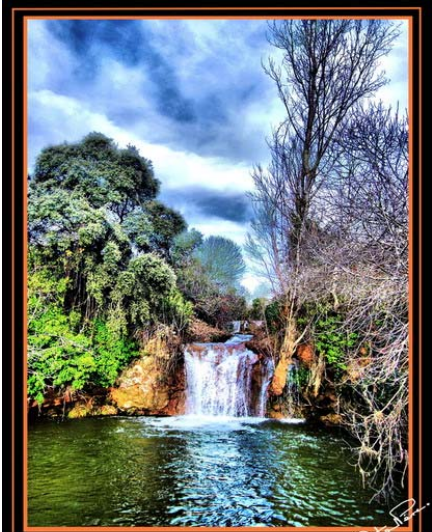


## La Cueva: algo más que un lugar en Ben-Alijar



Por ti también pasan los años. Desde que te conocí siendo un niño que se escapaba en las siestas del estío para meterse entre tus aguas transparentes y frías, hasta hoy que te veo con medio siglo más, has cambiado mucho. Pero tu transformación ha sido para mejor. Te has hecho más grande, más profunda, más sublime y te has adornado con las mejores galas de una flora salvaje que te esconde de las miradas de forasteros deseosos de poseerte, de raptarte con sus artilugios modernos y llevarte a desconocidas tierras, para jactarse ante sus amigos de haber estado a tu lado por unos momentos.

Pero tú sólo estás para tus íntimos de siempre, los que te mimamos y te queremos, los que sabemos dónde te escondes y los que te recordamos siempre. Aquellos que, añorándote en la lejanía del tiempo, de vez en cuando te hacemos una visita para saber de tu tumultuosa vida y ver cómo sigues. Y entre ellos me encuentro yo, ya más hombre y más experto. Como un enamorado, con el corazón acelerado, poco a poco me voy acercando a ti, deseándote como antaño, pero con una morbosa pasión por dentro que hace que me desnude a tu lado, para si lo permites meterme en tus adentros y jugar contigo, saborear el placer de tu intimidad y recorrer todo tu cuerpo, acariciando tu piel, besando tus labios de espuma y bebiendo tus lágrimas de cielo, para luego dejarme masajear por tus ondulados cabellos de blanco marfil, hasta que los poros de mi piel se sacien de tan sensual contacto.

Después descansaré a tu lado oyendo tu rumor monótono e indefinido que calla al viento, dejando que los rayos de sol recuperen el calor que me has robado con el embrujo y seducción de tu cuerpo y escuchando cómo un herrerillo, en la rama desnuda de un chopo cercano, llama a su compañera para que vea a dos enamorados que, como amantes furtivos, se encuentran después del tiempo y la pasión que sienten se desenfrena, se desfoga, se calma tras el encuentro.

Y llega la hora de la despedida. Después de esta fugaz pero intensa visita, el ánimo se carga de tristeza, de separación forzosa hasta un no se sabe cuánto tiempo. Y no puedo por menos que mirar hacia atrás para verte por un último instante, tan bella, tan

tranquila, tan espléndida, observando cómo las nubes del cielo se miran en tu espejo y las caracolas de espuma se deshacen en múltiples perlas que se esparcen por todo tu cuerpo. Pero nuestras vidas siguen. La mía, al lado de una mujer que supla otros deseos; la tuya seguirá su curso buscando un mar lejano que te lleve al cielo. Adiós, mi sueño. Hasta otro momento.